



San Ignacio del Masparro, 04 de julio de 1984

R. P.

FAUSTINO MARTINEZ DE OLCOZ, S.J.

**Pamplona.**

Mi querido Faustino:

En este momento llega la M. Monte y me trae tu carta del 29 de junio donde me hablas del Marista de Zambia. Gracias por todo. Esto crece y más que de nadie es obra de tu ayuda.

Nos estamos acercando al 7 de Julio, San Fermín. No me olvido del encierro de toros, creo que era un doce de julio. Desde las inmensas graderías me acompañaste a ver el famoso encierro. Una fiesta para los ojos y para los oídos al ver lleno de júbilo desbordante a uno de los Pueblos más sanos y corajudos del mundo. Me late la sangre navarra y aunque la tengo en minoría de un cuarto, domina a la guipuzcoana. ¿Será por el derecho de primogenitura...?

En San Ignacio del Masparro estamos naciendo, relativamente, con pocos dolores de parto hasta ahora. Hoy ha empezado a funcionar una mezcladora de concreto, regalo del P. Sebastián Altuna. Te escribo al arrullo de su trompo, que mezcla arena, piedra, cemento y agua, con el ruido monótono de una gran maraca, que bate las piedras sin ritmo.

Como si me hubiera oído, que te hablo de ella, se ha parado el motor de gasolina. Ahora están tratando de ponerlo en marcha y no quiere arrancar, sólo se oyen los truenos y el rumor del viento que anuncia el chaparrón vespertino.

Las siembras van bien, pero con demasiada agua. Por eso el maíz está triste en los pedazos de terreno en que hay mal drenaje. La yuca va bonita. Los topochos demasiado castigados por el agua. Hoy hemos empezado a

plantar cambures o bananos de mesa. Le estamos comprando mil plantas a un Canario, que tiene a unos cuarenta kilómetros de aquí producción de cambures, con grandes racimos de treinta a cuarenta kilos de peso. Sabe cuidarlos. El cambur o banano tiene la gran ventaja de que es muy sabroso para comer lo crudo y maduro. El topocho se come aquí preferentemente cocido o asado, aunque también maduro, pero no es tan agradable como el cambur.

Pensando en los Muchachos nos hace falta un gran cambural, pero también el platanal y el topochal. Constituyen en conjunto una buena base alimenticia, que además dejará en cáscaras y sobras un recurso interesante, para el engorde de los marranos. Tengo al lado mío un hermoso racimo con 64 cambures grandes. Nos hará falta recoger diariamente unos veinte racimos como éste para los Alumnos del comienzo. Total unas seis mil plantas.

Las construcciones van despacio, pero bien. Tenemos ya cubiertos unos Trescientos Cincuenta Metros Cuadrados, con ocho habitaciones y corredores por los cuatro lados. Ahora estamos vaciando las vigas de riostra y las columnas de otro pequeño cuerpo de edificios, donde va el comedor, la cocina, la despensa y los baños. Este cuerpo, en ángulo recto con el anterior, tiene cerca de doscientos metros cuadrados en dos plantas. La de arriba será un gran mirador sobre el río y al mismo tiempo una gran sala, para colgar chinchorros, como le decimos aquí a las hamacas. Al principio no le vamos a hacer paredes sino "techo en piernas" o sobre columnas, para que sea lo más fresco posible. Pudiera ser que si resulta demasiado expuesto a la brisa, lo cerremos un poco con tabiques a media altura y tela metálica, si molestan los mosquitos.

Todo lo que te describo es solamente para la Casa de los Fundadores, es decir: para toda la gente que va a construir este Colegio y desarrollar esta Finca. Después de pasada la etapa de las Construcciones Básicas, dejaremos este Conjunto, para casa de Huéspedes y de algunos Profesores solteros.

La Casa de Huéspedes tiene una importancia capital, para que atraigamos y atendamos a los Amigos y Cooperadores, que quieran venir hasta aquí. Tenemos que crear un gran movimiento de ayuda y colaboración y para eso hay que lograr que muchas personas de buena voluntad compartan, viviendo con nosotros, los problemas que estamos afrontando y la manera exitosa en que los vayamos resolviendo. Deben ser más que nada los Participantes del Éxito. Esto lo sabían muy bien los Antiguos Monjes. Cada Monasterio tenía su buena Hospedería y el P. Hospedero era la tercera dignidad de la casa después del Abad y del Prior. En San Ignacio del Masparro debe ser así.

También en nuestras Reducciones se practicaba una amplia hospitalidad, a pesar, de que evitaban el trato con los Españoles, para preservar a los indios de los abusos coloniales. Solían atraer a nuestros Pueblos-Reducciones a los Indios no cristianos, para que vieran cómo era la vida, el trabajo, los cultivos, las construcciones de un Pueblo Cristiano y Civilizado y para que asistieran a las grandes solemnidades litúrgicas, como la Navidad, la Pasión, la Resurrección y Corpus. Así se preparaba la fundación de los Pueblos nuevos.

Creo que nosotros, además de la Hospedería para Amigos y Cooperadores Oficiales y Privados, deberíamos con el tiempo tener un Campamento como los otros que tenemos en Fe y Alegría, para atraer Estudiantes, Padres de Familia y Curiosos Espirituales a los que podríamos ofrecer algo como Ejercicios Leves y Catequesis Macizas, tan necesarias, para una cristianización efectiva de nuestros estratos populares.

En la misma medida en que quedamos lejos, debemos invitar y entusiasmar Amigos que pasen aquí días felices, sembrándoles los mismos ideales apostólicos y sociales por los que trabajamos nosotros.

Contéstame qué dice tu prima la Carmelita Descalza sobre la estupenda novedad, que sería tener un Carmelo, con su Casa de Oración adjunta, para Seglares, que quisieran recogerse aquí unos días.

Algo menos espiritual sería tener, atracada a la orilla, una lancha con uno a dos motores fuera de borda, para explorar el río y los Pueblos Rivereños y para invitar a los Amigos a dar unos hermosos paseos y a los que les gustara pescar, para fomentarles su afición.

Es posible que mañana alquile a un vecino una piragua de tronco ahuecado y motor, para empezar mi entrenamiento fluvial, con la mira de conocer más el contorno, pues creo que este río nos guarda buenos encuentros. Es el comienzo de un largo camino, que sigue por el Apure y el Orinoco, que van muy lejos. Lo que sucede en los prolongados viajes, es que uno encuentra de todo: Caballeros Andantes, Galeotes, Venteros, Maritornes, Bachilleres y también algún que otro Duque, descorchando añejos vinos franceses de cuarenta años, como me ha sucedido a mí a orillas del Orinoco ya cerca del Meta.

Sigo esta carta contándote que ya alquilé la canoa y que dimos una primera vuelta por el Masparro. Salimos a las ocho de la mañana con cielo nublado y regresamos un poco después de medio día. Además del motorista y timonel que gobernaba con atención, venían conmigo un peón viejo que es muy conocedor del río y el bosque y el dueño de la piragua. Estos dos eran mis informadores. ¿De quién es esta orilla, Nemesio...? Eso es Mapurital. Es de los Giles (Hermanos Gil) ¿Y eso..? Ahí empiezan los Materanes (hermanos Materán) pero antes era de los Migueles... Lo tenían en Comunidad.

Bajamos siguiendo el ancho cauce del río, que se va agrandando a medida que nos acercamos a su desembocadura en el río Apure. El lomo pardo de la corriente, como una enorme autopista marrón se desliza entre el verdor intenso de las altas orillas. En los bordes crece en franjas de centenares de metros el gamelote, pasto alto de intenso verde-claro. Más arriba y más adentro los bosques de grandes árboles dan la sensación de que fuéramos por un

canal algo oscuro de frondosas paredes, como cortadas a pico sobre el brillo del agua.

A veces sólo hay pasto en la ribera y se ve a tres o cuatro metros sobre el agua el techo agudo de un caney de palma. Gallinas, cerdos y alguna vaca dicen, que cerca están sus amos.

También, amarradas a postes clavados en tierra firme están las canoas o piraguas de tronco de cedro o de samán, ahuecados al fuego. Algunas de ellas llevan el motor fuera de borda sujeto en la popa. La mayor parte son casi negras, pero algunas están pintadas de azul o rojo. Sólo encontramos una lancha de planchas de metal. Todas las demás de madera enteriza de un solo árbol con un reborde añadido de tabla, para darles diez o quince centímetros más de borda.

A veces al pie del talud hay una pequeña playa arenosa. Hemos visto en ellas más de una docena de caimanes de todos los tamaños. Los mayores de cerca de dos metros (Babos).

Los guamos de agua avanzan sobre la corriente formando matorrales muy espesos y sombríos sobre ocho o diez metros del cauce. En ellos se ven bastantes chenchenas más grandes que gallinas. En los mangles del río, cuelgan en forma de bolsas los nidos de arrendajos. También se escuchan las guacharacas con su estridente cacareo. Vimos solamente una bandada de garzas rojas. No serían más de veinticinco o treinta, pero nos causaron el asombro de su sorprendente batir de alas de fuego vivo. Si entre ellas vuela una de color rosa pálido, significa que es una garza pichona del año pasado.

El timonel-motorista va mirando a lo lejos situando el rumbo, para esquivar con tiempo los troncos más o menos gruesos que emergen del agua. Algunos son palos delgados de diez o veinte centímetros de grosor, pero otros son troncos gruesos de medio metro a casi un metro y más de anchos. Están en todas las figuras y posiciones. Son los árboles de las orillas altas, que va socavando el agua. Como a veces estos árboles son enormes y caen boca abajo sobre el río forman grandes salientes que detienen otros troncos, que van flotando y se enredan con ellos formando unas

marañas, que llaman caramas o carameras. Estos laberintos de palos son un buen sitio para pescar, pues en ellos como la corriente es lenta y son sombreados se esconden grandes peces.

Los palos enterrados en el fondo son el mayor peligro de estos ríos, porque una canoa se los puede clavar, como en una lanza, y destrozarse completamente hundiéndose en un momento. Por eso el timonel va atento a los que emergen del agua, como a los que no sobresalen, pero forman pequeños o grandes remolinos.

El paseo por el río es muy variado y agradable. Lo único que me distraía de la hermosa y doble película de las dos orillas, era el asiento bajo y sin ningún respaldo, que me incomodaba al principio y después me dolía por demás.

Así llegamos a una finca que se llama "Mata Redonda". Bajamos y para trepar por la orilla deslizante, mis acompañantes hicieron una escalera de peldaños en el talud blando, con un machete. A unos cien metros del río estaba la Casa de Hacienda. Era bastante grande y, fuera de dos cuartos en el centro tenía un gran corredor encementado con hamacas de cuero en tiras anchas como las hacen en el llano. Son más cómodas que las de cuerda.

La mujer de un peón con tres niños, estaba en aquel lugar tan solitario y alejado. En la cocina hervía una gran olla de arroz con las presas de un paují, que es una especie de pavo salvaje. Yo suelo mirarles las encías y los párpados a los niños. No estaban anémicos a juzgar por lo rojo de las mucosas. Pero tenían un color muy amarillo.

De regreso nos detuvimos un rato en otro rancho. Al dueño, que era muy bajito, le decían don Isidoro. Era el papá de crianza del dueño de la piragua en la que íbamos. La mujer estaba enferma, pero no llevaba yo ni siquiera unas aspirinas. Esto me hace pensar, que una buena lancha segura, la podrían utilizar las hermanas que estén aquí como Enfermería y como Capilla Móvil, para bien de la gente, que vive dispersa, pero que en general se establece con más frecuencia en las orillas de estos ríos, porque en realidad son las grandes vías de comunicación de la inmensidad de los Llanos

venezolanos que por sí solos son más extensos, que media España.

El río será, en San Ignacio del Masparro, una excelente vía apostólica para llevar saludos, consuelos, ayudas y cordialidad hasta muy lejos. Hoy puedo decir que ha sido mi bautismo de agua. No es que me haya caído al agua, aunque, por si las moscas, llevaba dos flotadores de plástico, que eran botellones vacíos de refrescos. Ha sido, conocer una vía del futuro. Me ha llamado la atención los cordialísimos saludos de mis acompañantes y de la gente que encontramos. En esta especie de desierto de distancias un saludo por sí solo, es como un breve oasis de cariño y de humanidad.

Necesitamos gente llena de gozo humano para comunicarlo alegremente a esta gente cuasi Heremítica. Creo que en algo tan elemental y tan especial, se puede fundamentar una gran Obra de Bien y de Servicio, pues va a atraer con gran fuerza y simpatía.

Mi querido Faustino, éste es un sitio para desear ser joven y estar pletórico de bondades amigables y comunicadoras. Estoy evocando la solemne paz del río brillante en gris plata, a nuestro regreso, pues el sol lo hacía mucho más matizado y fastuoso que cuando bajábamos a favor de la corriente de ochos a diez de la mañana, entristecido por las nubes oscuras. Los enormes samanes parecían cerrros verdes por sus copas frondosas y caprichosas. Los grandes meandros, casi como ochos perfectos, iban desarrollando la calma silenciosa del bosque como un telón de fantasías poderosas.

Dios quiera que vengan a potenciar a San Ignacio del Masparro gente de alegre coraje constructivo, pues preveo que van a realizar milagros de transformación evangelizadora con los muchachos que son hijos hasta ahora

de la selva, de la naturaleza y de las soledades distantes.

Hace pocos días estuvieron por aquí cuatro Hermanas Misioneras de Nazaret, con el Hermano sacerdote de una de ellas. Después me visitaron en Mérida y me comunicaron su satisfacción. Pudiera ser que la M. Provincial que iba con ellas, esté acercándose a la idea de trabajar en estos Llanos.

Yo le pregunto al P. Alonso sobre las Hermanas de la Enseñanza de Tudela, con las cuales trabaja él, pero no responde. Si vieran esto no dejarían en paz a sus Superiores, hasta que abrieran una Casa por estas latitudes. La eterna respuesta de éstas es: no tenemos gente. Pero precisamente esta es una coyuntura, para tener gente. Las vocaciones de las naciones aburguesadas, reglamentadas, ordenadas y cómodas, tienen que reaccionar ante las grandes llagas sociales y espirituales del Tercer Mundo o merecen que Dios las maldiga, pues no tienen rastro de Cristiandad. Han apostatado profundamente. Son sólo hermanos y hermanas del rico Epulón. Merecen su misma suerte.

No pueden convencerme de que en la cristiana y fuerte Navarra, se hayan evaporado totalmente las esencias cristianas, que llevaban hasta hace poco, a su mejor juventud, a todas las Misiones del Mundo.

Te decía en otra carta que tengo la esperanza de ver aquí **Mil Alumnos Internos**, en una activa colmena de trabajo de alegría y de Fe.

Sólo faltan los Divinos Colmeneros.

Un fuerte abrazo y como siempre un cariño-so recuerdo para nuestra Secretaria.

Tuyo.

P. José María Vélaz S.J.



*Residencia de las muchachas y Hermanas. Mérida*